

LA POESÍA DE ALMAFUERTE

"La Inmortal" y "El Misionero"

Queremos hablar en esta página, destinada á los trabajadores en su día de fiesta, de la obra artística de Alfafuerte, nuestro inmenso y casi desconocido poeta, que en la vorágine de este vivir contemporáneo ha realizado el milagro de conservarse en medio de la más grande pobreza, pura y exclusivamente poeta, dando á sus cantos un acento de profecía bíblica y ejerciendo su apostolado estético y moral con la sinceridad y grandeza de propósitos que reclamaba Carlyle.

Pedro B. Palacios, el gran espíritu que vive y trabaja en una casucha de los arrabales de La Plata, es un genial Poeta—Filósofo, supervivencia de uno de aquellos profetas primitivos, de alma lacrada, van rotumbante y gesto angustial, que hablaban á la raza desde la soberbia cumbre de su Yo.

Mejado del ruido y de la multitud, vivo con el espíritu entre el ruido y la multitud, porque la gran muchedumbre adolorida pasa por sus estrofos como en una visión dantesca, como en una diabólica ronda, estallando en un sollozo desgarrador ó en una blasfemia formidante. Por eso queremos difundir en el pueblo trabajador en el día de nuestra fiesta simbólica, preanunciadora de la humanidad nueva, "La Inmortal" y "El Misionero", el canto de la Chusma y el canto del Apóstol, la epopeya del Dolor y la epopeya de la Redención que se queda aislada en el desierto glacial de la indiferencia y del odio.

Alfafuerte es un cristiano porque es un Hombre. Ama á la humanidad y siente en su propia carne el dolor de los humildes, de los aplastados bajo el carro de la sociedad egoísta y brutal, de la gente perdida, que, hostigada y derramando el pus del dolor, se revuelve en el infierno del lamento y de la maldición, llevando, sin embargo, en la entraña el germen de todas las bellas floraciones.

Ha visto con mirada penetrante las negruras del arrabal: ha recorrido la "celita doliente" del tugurio, donde la Chusma vive la vida inferior, y por eso puede exclamar:

Como las vibraciones de un necio ruido,
ni Wagner, ni Beethoven me dicen nada;
pero, al por encima, glúme un gemido
me traspasa las carnes como una espada!

Él sabe que el Profeta tiene que ser un solitario, porque lo empujan á la soledad la multitud que no comprende el desinterés de su apostolado y la sociedad que lo bautiza con el anatema de "loco", al sentir destrozados los tímpanos por la voz acusadora que grita verdades de fuego. Y de ahí que el cantor de "La Inmortal", que ha estampado narices de fuego sobre las "virtudes" de los próceres, diga con elocuencia de su aislamiento:

Yo soy el Indomado, soy el completo,
que se abra á sí mismo y en sí se absorbe;
me basta mi profundo propio respeto
bajo los salivazos de todo el orbe.

Por más que me compare con todo el mundo
yo no doy con el tipo que bien me cuadre,
soy el llanto que cauda sobre la lamunda...
¡Yo he nacido sin duda para ser madre!

Admitamos de paso el concepto que tiene el poeta de la mujer; para expresar su amor á los humanos, su sensibilidad para los dolores físicos y morales de los hombres, su boca no encuentra palabra más elocuente que la palabra primera: mujer!

La obra de Alfafuerte no ha sido publicada en forma sistemática; la hemos conocido fragmentariamente. Pero hay en

ella una unidad de intención y de verbo que la reúne. "Cristianas" fue, años atrás, á manera de prólogo anunciador de "La Inmortal", y "El Misionero" y los dos versos de la última estrofa:

Hay un golpe de luz en el fondo
de aquellas más vilos vilezas!

sintetizaban ya toda la filosofía igualitaria y buena que su lira habría de traducir más tarde en notas más hondas y vibrantes.

Insistentemente, algunas de sus poesías, entre ellas "El Misionero", fueron reunidas y dadas á la publicidad bajo el título genérico de "Lamentaciones". Lamentaciones, sí, pero no lamentaciones de poeta neurasténico, para quien la vida es histérica, la mujer exangüe y el sol sin fulgores. Sus lamentaciones son trágicas. Tan trágicas, con acentos tan rabiosamente crueles, que parecen blasfemias coloniales. Las cuerdas de esa lira no gimen débilmente, suavemente, sino que estallan destrozadas, retorciéndose, al impulso de una mano que traduce sus propios grandes dolores de Hombre, como delicada partícula de la humanidad, y sus propios grandes dolores de Individuo, uno y apartado, solitario y pobre...

"La Inmortal" precedió al "Misionero". Antes, el poeta había cantado á la patria que sufría las tristezas de una época de decadencia cívica, estigmatizando en arrebatos satánicos la podredumbre de las alturas, donde ya no había vigas sino piratas, y la indiferencia de la llanura, donde la charabid era la única pauta que ritaba las almas. Y el canto á la patria, que el poeta habría deseado, en su robusto americanismo, ver trepar á la montaña de los grandes unidades nacionales, fué como el preludio del poema de la multitud, pedestal del progreso y eterna fuerza creadora.

El organismo poético de "La Inmortal" es originalísimo de Alfafuerte, y la adjetivación es única: gráfica y brillante, sangrienta y cruda. El verso, encerrado en este metro solemne, con esa adjetivación de hachazo que la misma falta de consonancia pone más al desnudo, resulta más apto para la imprecisión airada que para la declamación tranquila y suave. Y en realidad, todo el poema es una invectiva contra los próceres, contra los grandes, contra los patricios, vanidosos de su virind, soberbios de su pureza, despreciativos de la muchedumbre anónima, á cuyas miserias físicas y morales se consideran extrañas en absoluta.

La composición lleva un acépite expresivo, en que el poeta ha querido cristalizar el espíritu de todas las estrofas que la componen. El canto de la multitud, de los pequeños, que las condiciones económicas y sociales anulan ó descomponen con la degeneración, tiene como acépite una dulce palabra de Jesús: "Ama á tu prójimo como á ti mismo".

"Ama á tu prójimo como á ti mismo" es la más primitiva y la más inmortal de las leyes morales, porque encierra el concepto biológico de la unidad física y moral de los hombres. En cada individuo pueden estar en potencia las tinieblas del mal al lado de las resplandecientes fulguraciones del bien. Un cambio de ambiente que trastorne nuestra vida psíquica; una conmoción violenta de nuestro yo, al choque de la miseria, del desecante ó de las pasiones brutales y ciegas, bastan para que la osada de los "valores" morales, como diría Nietzsche, sufra una inesperada transmutación. De la misma leyenda del Cristo, que en su primitiva ingenua sencillez tiene la gracia angelical de una pura sonrisa femenina, no podemos apartar el recuerdo

de la higuera, maldecida en un instante de incomprendible obscuridad, porque no siendo la estación de los frutos, carecía de la carga oxitilina.

El poeta vé á cantar á la chusma contendiéndola. Ha bajado, á manera de lirio, al abismo de las almas atormentadas; ha palpado el fondo espiritual de la multitud que aporta todas las cargas y realiza todos los esfuerzos, y por eso emplea su canto diciendo en una estrofa, que es como un pórtico:

Aquí salgo del seno profético
de la cósmica chusma sagrada,
como salen los ruidos pesados
angulos en grado del pozo que avanza.

Las cosas que va á decirnos, con su voz franca y ruda, son cosas que no caben demasiado, pero que no simula ignorar porque anublarían la visión rosa de los cristales:

Aquí traigo los puños rojizos
de corrientes venganzas palmeadas,
cual un frío bufón que muestra
los cuernos ruidos de un manto de gualda;
de venganzas corrientes que corren
sin hoste, sin rozar suspicacias...
¡Porque tanto reptean las cosas
que ya no penetran ni á golpes de mano!

El poeta sabe todo lo tanto que hay en la Chusma. Sus afectos flotan en el mar del instinto sin playas; su persona moral es enjambre de feroces pasiones bastardas que se engañaban, entrecorren y estallan; su contrato social es un caos; junto de violencias. Pero él conoce también todas las infamias que la civilización oculta, todas las manchas que ocupaban el brillo de los grandes, todas las lacras que están debajo de la púrpura príncipesa. Y por eso exclama:

Yo no dejo á mi plebe convulsa
faja á faja de tus nobles infamias...
¡Será todo lo vil, pero nunca
más vil que tu vida más útil y sana!

Y la estrofa se desarrolla imprecisamente y firme como un torcido "¡accusa!"

¡Qué! ¿No tienes amigos amables
que te ponen el plé cuando piensas,
ni jamás un gorrión de tus nalgas
llamándote padre rajó tus espaldas?
¡Qué! ¿No vanden los grandes hermanos
á sus grandes hermanas hermanas,
y los grandes maridos no anhen
después que sus honras bajaron muy bajas?
¡Qué! ¿Dirás que tu guante de buena
dies justidas ganancias no cavalan;
que tu sacro cerebro de Newton
no vibra quién sabe qué celias nefandas?
¡Qué! ¿Dirás que tu firme cuchilla
cuando blando la carne del paria,
porque brades en piel con ganancia
no hiera tu propia, tu misma carnicaza?

Arriba están intentos por lo menos, las mismas vilezas que abajo. La celda profunda que vibra en el cerebro de cualquier Newton, puede, al conjuro de un impulso poderoso que la sacuda, estallar en la culpa infernal. Detrás de las admirables purezas de Heros se oculta á menudo el anhelo del mal, como detrás de las nubes fugaces, cual sueños fugaces que piensan, está la fulminaria actividad del estrago:

Como terca y astuta y sumisa
sin tal vez amagar, se resaca
por detrás de la piel reluciente
del cáncer hediondo la real soberana;
como corre á través de cien cánceros,
dilatante y anónima y canta
la Imperial, la furiosa leona
que al fin sobre alguno se afirma y estalla;
así están en tu ser los extremos
de tu hercénico egoísmo no lansa
cada vez que tu yo, tu persona,
tu fin, tu destino, peligran y claman;
así están aguardando pacientes
la ocasión de rotar como amas,
las que tú denominas torpezas
no sé con qué gesto de arcángel sin alas!

Ponzo la gran sedor, gran patibón,
 gran llanto, gran grito, gran línea
 por lo mismo que maro en las sombras,
 y no me elegas, le emulo las manchas
 y el odio de tu espejo solomno,
 y el perfume de hieno que derramas,
 de la curva, tirada de los testos...
 ¿Ves al lo que sobre, yo en lo que falta!

La Chusma está condenada desde su nacimiento. La sociedad principia a aprisionarlo. Impiamente desahoga surge a la vida y para ella, la vida es un camino que se va recorriendo. El niño de la Chusma pone su ojo sobre su garru por impulso heredado. Ke como el gesto ancestral de destino.

Porque exige sumos en el niño,
 porque exige matar en la raña
 porque exige volgar en el olido
 porque exige picheros, rulosos y albas
 porque exige coque y aguilas
 porque exige del pelo cubilado
 porque exige del Duro... y por eso
 que exige el odio de papas y rana!

Y porque exige papas
 que de odio que exigen saltar
 y a veces en comida conlucosa
 adelante al giro, la felja y la garru
 valerosa rapazo que termina
 con un beso y muchas manchadas,
 a hacer como pruvistas pueras,
 en ludo manchado de tina megaja!

Como tienden al col los rucelos
 que tocan el talado tiradas,
 no deducen pimpallas ni miro
 que luego en tirano la vieja travata,
 si cruza pedernal en el gesto,
 la curia de las razas:
 cuando de repaleros, pimpallas
 y rucos muy tardos, en rucos en cuajas.

Mirando capullo marchito
 en que sobre el harro y la fragua,
 que queira alumbros con pechos
 en rayo pedernal al col de matana,
 que queira rucos en miras
 en los propios diamantes que enarria...
 rucos del afio de un minuto
 en toda la vida de siglo que falta!

Y como mala la crueldad que los do
 arca tienen para la Chusma, cuyos niños
 miran la curia del de las razas, el
 parto golpea con el más profundo despro
 rio la Caridad, larada virtud ajorralada
 por las miras que para el pió sobre la
 curbedumbre. La simulada caricia del
 próter lo arroja estallido de inextinguible
 hiena.

Yo dirias dese trojes ardidos
 que mandan la gula robada,
 cuando mira los que mandan
 jugar en un harro de arrollo orbaneto!
 Yo parodo te voz ablandado
 la jipote cuadrado canudo
 cuando voz que los rucos
 en todo virtudes capullos y harro!

Yo me tupo los ojos y humido
 cada vez que sus dedos albas
 me paraban en los del Cónce
 que va la fantea, que ya se la traiga
 me paraban en pulso inabordable
 cuyas lumbas flexibles alaga
 y en las carnes del muftego inerte
 meñaban la chiepa final de austeridad.

Me paraban un torpe una rala
 que la ignora conluc conchada
 y la meño con un sátero de
 la luna, lo feo, lo ludo la curia.
 Claridad se pillaje, comella,
 curidad, presunción, diplomacia,
 valerosos rucos que miran
 la vida de natural del alma pagana!

La Luminaria ha sido la dolorida de
 todas las vidas. Pero lleva en el, como
 pulpa del gesto, las virtudes más bellas
 y bravas. En su claro hay lentos fogos
 y lauros, heróicos y bondades, toda la
 consagración imperiosa de la histo
 ria, el rayo de Napoleon y la blancura an
 gelita de Cristo!

Ha soportado todas las leyes, desde la
 clásica oriental, madre de las vistas, hasta
 las nuestras presentes, plutarrajadas de
 justicia.

Toda la montaña de nuestra orgullosa
 grandeza las ha levantado la tremenda
 labor de la Chusma, multiforme y anónima:
 conquistadora del mundo, que no tiene del
 mundo ni siquiera el espacio que plantan
 sus plantas.

Y esa epopeya de la multitud gloriosa
 la canta el poeta con las notas más altas
 y bellas de la composición:

Solo fue la grandeza que gozas
 por su libro de hacer, con unido...
 ¡mi horaigie de Dns, el quitaron!
 con sinu harro el otro labirar!
 Mi olvido sudor de cuadrilla,
 sangre vil de las horras en arnac
 con un gesto que te riges...
 ¡lo mismo que riges al mar sus rucos!

Si reclinase la fax en el globo
 como quien en pulmón auscultara,
 cual rucos ocultos en tierra
 los indios errantes la voz de la Pampa,
 sentirá el trueno solomno
 de un herica labor cotidiana,
 cual si fuera thal en globo
 y en él rucos la vida en marchal!

Si un yunta pajante enojada,
 al poblejo camino te hajas
 y un pedregal de polvo rucos
 del mismo que bate la yunta que paja:
 en un un harro del progreso
 que sobre como al pan con sus palmas,
 sentirá el hielor de la sangre
 que pasa diablura a todo los parias.

Si registrase la fax del planeta,
 si sus dos lumbos rucos indaga,
 cuajante puchos la tigo harro
 hucos en cehero por rucos y rucos.

en voz: un rucos del desierto
 donde lo en pió la caudala,
 hucos el solar, sin hallarlo,
 de aquel que la feo de laugala y dilata.

Así, pues, jadeante, hostigada, soportando
 minuto a minuto, por siglos y siglos, la
 propia humana, la luminaria pasa por la
 historia, alimentando en su pecho mil
 milentos de odio, ansias de rebeldía, y pro
 feriendo gritos de maldición. El Dolor ha
 clavado tan ferocemente las garras en sus
 carnes esclavas, que no puede ser su capri
 cho una fuente de bellezas mortales. La
 palabra de hieno, la próbera de amor, tienen
 que encontrar el vacío en las almas que
 han ido de generación en generación sin
 tiendo el peso de la curia y aguantando
 la herida del desho. ¿Qué curia, enton
 ces, que su furor, cuando rucos, sea des
 plantado como el fuego y criminal como el
 hucos?

El contrato de su abierta misera con el
 dolor y el poderío que la circundan traba
 ja diabólicamente en alma.

Ella se desfiló los manjar...
 en los platos de rucos y plata,
 mientras yera rucos, guindo,
 debajo del bato que curia no alcanza:
 y para tener las dignas miras,
 cualquier voz que dignas mandan,
 y sin dar una voz, cual un dogo,
 del mono culpable la las rucos!

Ella se que palto y fortuna
 con un solo andar en los goces:
 que las harro no van del que rucos
 sino del dicho de rucos de las rucos
 y para ser rucos sin rucos
 del nivel del sudor la rebaja,
 la paroco dogos maldita
 los clásicos y rucos, las nobles rucos!

Y la Chusma se palpa como dudando.
 Cien ideas desolantes cruzan por su cerebro.
 ¿Por qué será ella la eterna conde
 nada? ¿Por qué? ¿Dónde está la bondad
 y la justicia divina que le han enseñado
 a renegar? ¿Dónde están los principios de
 ese derecho que rige la armonía social?
 ¿Será la armonía, la miseria irremediable
 de la multitud? Y una rucos terrible sale de
 su pecho. Y al describir la bestial car
 cajada de la chusma lucifera de ilu
 siones, es cuando mejor puede verse en toda
 su intensidad la potencia de la adjestiva
 ción del poeta. La carcajada parece sonar
 en nuestros oídos, destruyéndonos.

Humillado, diabólica rucos...
 el harro sus cavernas dejara,
 en los templos de Dios parcos,
 los alas que viento de ludo y gulo,
 y rucos de aquel artefacto
 de cartones, y talos, y para
 su rajante, en pruvila rucos,
 no, nunca parcos mas bajo las almas!

PALMA DE ORO
 La más alta recompen
 sa otorgada por el Instituto Interna
 cional de Alimentación e Higiene, París,
 para los exquisitos

CAFÉS Y TÉS A LOS MANDARINES
 DE **P. ROBERTIE**

GRAN PREMIO
 Exposición Interna
 cional de Alimentación e Higiene, París
 1900.

GRAN PREMIO
 Exposición Interna
 cional, Londres, Oc
 tubre 1905.

PALMA DE ORO
 Instituto Internaci
 onal de alimentación
 e higiene, París 1910.

CASA PRINCIPAL
 CALLE RIVADAVIA 1902
 BUENOS AIRES

SUCURSAL NORTE
 SANTA FÉ 1886

SUCURSAL SUR
 1922 de IRIGOYEN 1117

Desagotando, profética rima...
 Cual voluta la borada vasta
 y el tremolado tronar, tropidando,
 sus acentos, herfidos ostrotes, se rajan;
 tal cuando los tógos—evroques,
 tal cuando la baveña plaura,
 del templo gual del ensueño
 aquella pejaite, bestial careajada!

Y concluye el poema con una amenaza amenazadora. A la sociedad lapidaria, bajo cuyo látigo la Chusma amasa con sangre y rabia y música el progreso, le presenta una visión de caos. Si la Chusma renuncia a la acción, si se dotiene su constante jolote, el el mar de sudor y lágrimas no sigue corriendo, qué será del mundo? ¿No es la Inmortal el elemento humano, el doliente pedestal que sostiene todas las esdinas de la civilización, la energía fecunda que transforma el planeta?

•••

•El Misionero vino después de La Inmortal. En esta Almsforia había estado a la multitud tramizada. En El Misionero omite su desdñación. Como dice un crítico, «es el símbolo realismo del absoluto dolor y de la total soledad, de ese dolor y de esa soledad que se hace en el alma de los solitarios cuando frente a un mundo enemigo que corra el vuelo de sus sueños, quehaca sorprendidos y admirados, al detener en sus lomos la blasfemia o el sacrilegio a que los lleva la desdñación de su dolor».

Los acádtes con que principia la composición, son como la sintaxis del pensamiento que la informa. Para subir hasta Jesús hay que bajar hasta Dios, y para llegar hasta Dios hay que dejar muy arlln el eter irrespirable de los indocentes y de los puros. El corazón del bueno es comparable a las vendas que circundan las heridas; a medida que éstas van cicatrizando, aquellas van arrojándose impregnadas de pus y de sangre.

El poeta empieza presentándose al Misionero:

De ocupastros canes escollido
 sobre un límpido de piedra de la vía,
 azabranly, resido, en aguja,
 un storvo del Señor cayó postrado.

Para explicarnos onseguida el por qué, en una estrofa que hace aliviar sufrimientos morales que el hombre contará después entre sollozos:

Quiso Pablo, el Anádel de las gentes,
 aquel vil protelido de sus perros,
 por muros, por cubpas, y por corras,
 corrió tras llamas emantadas.

Y el frías se pone a conversar con los canes que lo escoltan; únicos, como, que pueden escucharlo sin envidia; duros, a quienes puede decir su dolor más íntimo sin miedo a la burla, tan común entre los seres humanos, para muchos de los cuales espiarle las gotas más amargas del sudor a contar el derreumbimiento interior, vale tanto como hacer piruetas:

Cual pudiera un babauio, el Franciscano
 se puso a platicar con su justicia...
 No caemos del todo ciao el día
 que camilo: para un van paca un hermano!

Y la platicón los canes que escuchan asombrados, dice cosas terribles. En la queja de la bondad sincera, del bien ingenuo y desinteresado que se ve cubierto de loto:

En este hoy, relativo aulo,
 también para ser santo hay que ser listo:
 no basta ir a una cruz para ir a Cristo,
 ni basta la bondad para ir al Cielo.

La coloma romancada requiere solista
 para sellar con gloria su cruzada,
 el no quiere, después, ser arrojada
 ocia y hndida, como venda curia.

Haja la Compasión a la Misericordia,
 Blanca la Compasión y perfumada,
 y ríndale a la luz toda manchada,
 toda líana de pipas y de historia.

Nadie podrá decir, ya soy el Puro,
 ya soy el Intocado de seguro,
 pues el que quiera conservarse puro
 muchas veces tendrá que ser sucio.

Hay entre la España y la Justicia,
 nada más que una foble cullera...
 Y entre la Caridad y la Perra
 un abismo, sin fondo, de Inmundicia!

Y haciendo una pausa, el Misionero prologar su lamento de solitario. «Hija vea caída en la soledad. Hija el bien, siempre el bien, sin cálculo premeditado, obedeciendo los impulsos de su corazón, y el vacío es el ambiente actual de su vida. Y esa sensación del vacío, que lo ruica como proclamando la inutilidad del sacrificio y lo imposible de la bondad en el mundo, animado de egoísmos y de odio, arranca de su pecho el sonido más hondo. Y es tan sincero, tan conquistador, que nos sentimos inclinados a creer que el Misionero es el propio poeta y que quiere mostrarse a sí mismo cuando escribe:

Yo soy el miserable que qué mecho,
 hoy el que paca por en la deserción,
 pan en el hambre, alivio en las prisiones,
 y en la obsesión fonda, más que rano,
 paca, un ranoar, misericordia.

«Un sublime, sublime Democracia,
 cualquier hombre sea hombre en mi procura,
 no divida jamás en mi carnicería,
 cual un moribundo infante la desgracia».

Yo venceré, gual de sufrimiento,
 en aquel que por fin cayó del todo,
 la cruz irredimible de un todo,
 la noche indolente de un abismo.

Yo me paca a la saga de la Cruzeta
 manteniendo las fueras de la Injusticia
 cuando la el Señor el Almsfora
 el que no puede haber otro linaje.

Yo tendí sobre todos, como un manto,
 mi acción responsable del Desecho,
 dije que a cada material de un pecho
 correspondo una lágrima de llanto.

Yo romancé las gotas mundanales
 por el ardor desparto solitario,
 para sembrar, también, abundancia,
 donde mismo en simientes los trabajos.

Y a pesar de ser balano y ser paco,
 de ser hombre, ser manito, y ser comido,
 si mi madre me asío sobre la vida,
 si nadie me honrará después de muerto!

Y como continuación de la queja, el llanto invade la faz del Misionero, mientras el «miserere clásico» del perro, el ladrido lugubre de la jauría, parece lamentarse de la tortura interior del Solitario, con la santa compasión de la inconsciencia.

El dolor lo ofusca. Su razón, espulsada por el sentimiento de su soledad y de su amor no retribuido, caba a la sombra más alta de las filosofías impíasbles.

Y transportado al fondo del Nirvana,
 ó como base gual contradictoria,
 prescribió ranoando necerario
 sin ver en la Rusia Rusia humana.

Ya no habla como hombre, es decir, como ser sensible a la piedad, como un manito de sentimientos, que teniendo dolores propios sabe interpretar por esos los dolores ajenos. Ahora discurre como un metafísico intuitivo. «Para qué empadecer la miseria? Lo que ha rodado hasta el fondo del pantano ¿puede elevarse otra vez? El arbusto que se seco, toida la raíz por la carcoma, ¿puede de nuevo retoñar toano? No, no hay redención para lo miserable, para lo gimiente, para lo caído:

Los hijos de la Sombra y el Prestidito,
 mienta la compasión, no se ríndale
 andero con el sintoma del Crimen
 y el furor instable del Pasado.

Y el Mal es mal lo mismo, lo mismo,
 lo formado de justicias y de penas,
 de un color al centro de las llamas
 para salvar de su castigo al mundo.

El ser humano, manifestación evolutiva
 nada de las fueras evolutivas, no es el
 término final. Es una propulsión atenciona.
 Lo débil, lo incapaz, lo malo, se queda a:
 pic de la montaña, mientras lo fuerte, lo
 bueno, ó lo mejor dotado, va subiendo indefinidamente hacia regiones más altas.

Felicidad total: malito nombre,
 conliga del albario y del Nirvana,
 la perfección en el del castroano
 tal vez hubiera suprimido al Hombre!

En vano, Viejo Adán, en vano exhalas
 blasfemas de tita al mundo mudo:
 el que vendrá después, el Prometido,
 todo será un cerebro con dos años!

El mejor no eres tú, palido rastrero,
 tímido tentativo en la redoma,
 como cualquier comilla en la paca,
 ni cualquier fango cósmico es un astro!

Y después de este vuelo, que semeja un
 grito de desesperación, el Misionero se
 pone a deshojar su corazón de sanio. Su
 análisis a sí mismo y se condena:

Largo la cruz sobre mi espalda róta,
 con la fe de un jayón de ardientes nerrios,
 y aquella cruz en su carga de sufrimiento,
 ¡yo soy un deporte alimpro de tirador!

¡Quiso imponer sobre las ros venida
 puerocida mi gloria por oculto,
 y aquí yagu familiar, deando,
 puerocida en nueva y en comida.

¡Por un manto al Aspera rortada
 de mi propio desparto indefinible,
 con la vil comadón de lo imposible
 clavada como un dñe, en mi calcani!

Quiso ser el dñe, el que realizara una
 gran obra de redención y de consuelo, pero
 el ambiente lo aplastó.

Fui ayando en el estar y fui poqueto,
 el día de la acción, y eso me pierdo.

Por poqueto en el día de la acción. No
 supo tener el gesto tan amplio como una
 cruz. Dijo que se bien iba dirigido
 a los hombres y que en el corazón de los
 hombres era en el agulero y el alido. Su
 día, su dolor, su soledad, eran concubas
 tanriales con un apostolado. Predicaba en la
 tierra y no en un mundo ideal. Se dirigió
 a los castros a los que tuvieron por ma-
 dro la Desgracia y por ociosa el Hambre
 y el Dolor. Nadie pudo ser culpado como
 consente de sus penas. Ni la indiferencia
 y el alvido destruyeron su alma, fue porque
 su alvido no tuvo ferocidad bastante para
 resistir. Pudo poqueto en el día de la acción!

Nada tiene, entonces, que perdonar. El
 Misionero detesta el perdón, porque es un
 insulto a los hombres. Y otra vez en amor
 a la humanidad estalla en una hermosa y
 grande justificación del Abismo. El mal
 es tan inocente como el bien, porque es
 tan irresponsable como éste. En el crí-
 men como en la virtud un crucial determini-
 smo es impuro y triunfa. Se hace la
 compasión con la misma sinceridad con
 que se raja un pecho. La mano que me-
 dició se mueve obedeciendo a impulsos
 delectos y fueras que la mano que se-
 cina:

Hables los Impudicos a porfia;
 descomponen la red de sus caricias,
 ¡Digan, si embos, si dejar sus comas,
 cuál será su bolera de aquel día!

Cuando el Hijo de Dios, el Inefable,
 perdona desde el Océano al porcoso,
 man sobre la faz del Calvario
 la más horrible injuria imaginable!

Sepa por primera vez el presbiterio,
 y abra su frente manita y lapidada
 si más vil... es un alma destinada
 como el propio Jesús a un Calvario!

CIGARRILLOS MONTERREY

Murmura la turba que se ha reunido en torno suyo. Y él pregunta por el primer miserable que lloró en su seno, cuyas lágrimas misteriosas en su pecho con el fin de regeneración universal, de consolar la miseria, de besar el dolor. Si en un hospital estuviera el hombre que al inspirarle la primera compasión lo hizo Misionero, él se colocaría bajo la cuchilla que tajó sus carnes para estudiar el misterio de la vida en esa pírfra de lodo, sollaganto desecho de los bajos fondos. Así pagaría el Misionero, justificador de todo y apóstol de la Inocencia Universal, el llanto del miserable que al convertirse infiltró en sus horas el deseo de ser santo.

Y como la multitud lo contempla descubierta, usual atraída por algún abismo, el franciscano bohemio le tiende los brazos:

Ven a mí, pobre francesa, hija del llanto,
—canta des bella, Lancelotti—

Chama rain, que las dolas como sonlas
argues en las heridas de mi broga,
y palmaria al mazo, al vos ciega,
que las hechas por ti son las más moadas.

Me consiento del triunfo no enalato
si en laire, al en mandar, al en tener suertes
ya soy el triunfador y soy el fuerte
porque no me acobardo de lo triste.

No me causa pavor, si me difama,
envolver con mi llanto la persona;
no soy el Cristo-Dios, que te perdona,
que un Cristo mejor, soy el que te ama!

El Misionero ha anfrido en su apostolado. La soledad espiritual lo hizo poderoso. Pero como vive la ley de los impulsos no puede separarse de la Chuuma. Bajó al lodo, renunciando a la onérgica voz de su conciencia, y a pesar de su dolor, ¿guirá adelante? Y vuelve a ser hombre:

Pasa sobre mi cuerpo, un parlante,
toda la Sociedad, pío y aprieto;
no habrá de conseguir que la respate,
el lograré fama que le alumbra.

Bajó al abismo, con el alma llena
de una porpúrea luz que en su apotea
soy miseria, soy ruina, soy derreda.
Pero, por ley fatal, soy ancestral!

El Misionero ama otra vez a la Chuuma. ¡Re azucena! Y la miseria lo atrae, lo seduce. ¡Compañón! ¡Compañón! ¡Amorá los débiles! Sentimientos humanos. ¡Qué alto parece ahora el Misionero! ¡Qué alto! Tan alto, tan alto, que su sombra podría proyectarse por sobre toda la flor.

Y el poema termina con una sutela en que el Misionero revela al auditorio su secreto:

Palpa sin gentilidad, no cubras nunca
que yo luche con Dios que te moldea!
Y yo quedé de pie con una fibra
que se vá del cerebro y queda trunca.

He aquí el drama. ¡Luché con Dios, es decir, luché con la propia fe! Se adviene a través de la frase, el pensamiento angustioso que lo torturó en los largos días de duda: Dios... Dios... todo bondad, todo amor, todo justicia... ¿Y por qué el Dolor? Eso debía preguntarse el Misionero.

De tal modo siente y canta este poeta, que no es universal porque tiene la desgracia de vivir en Sud América. Blehopin no alcanza en «Blasfemias» su poder de expresión, y Emilio Verharen, el belga vigoroso que ha revolucionado el ritmo, es el único gran poeta contemporáneo que tiene una adaptación como la suya. Así, cuando escucha en «Las villos tentaculares» la «corda voz de los cantores».

La pluma con que Abnafortte escribió «La Inmortal» y «El Misionero» ha sido mojada en su propio espíritu. Porque de él, más que de nadie, podría decirse, variando la frase pronunciada sobre el gran filósofo Spinoza, que vive intoxicado de humanidad!

ANTONIO DE TOMASO.

¡AMÉRICA!

América, continente de la abundancia, de la fortuna, de la libertad. Hermoso ensueño de los miserables, de los desdichados, de los románticos de allende el océano. Bendita seas, diosa América.

Sobre cubierta, en apartado rincón de la proa, con la vista fija en el lejano horizonte, Efraim soñaba los hermosos sueños del emigrado.

Lejos, donde terminan las saladas aguas; más allá, donde se pone el sol, adelantaban al país encantado hacia donde el barco lo guiaba con prósiga audacia.

Trabajo, paz, libertad, riqueza, tal vez lo esperaba. ¿Por qué no? ¿No había oído contar los prodigiosos cambios de fortuna experimentados por paisanos suyos, emigrantes como él, en busca de vida mejor?

¿Y aquellos multimillonarios, aquellos potentados de cupas extravagantes y caprichos tantas veces ha oído contar maravillas, acaso esos no han sido en otros tiempos pobres como él y como él extranjeros?

Joven y vigoroso, con la ambición y la avareza propias de su temperamento y de su raza, anhelaba trocar de una vez para siempre su misera condición de tornero monárquico, objeto que apredió por voluntad paterna, en una situación más dorada y menos afligente.

En su país natal, revolucionado por luchas políticas, por profundas divisiones religiosas y de raza, siempre ha luchado con la miseria y la abyección.

Anhelaba otra vida libremente vivida. No deseaba que resonase más en su oído el mote de judío tantas veces oída como insulto a su origen, como odio a su consanguinidad con Judas el traidor.

Y absorto en estos pensamientos, con la vista vagamente perdida en lejanías, parecíale descubrir la tierra prometida, la nueva Canaan.

El término del viaje se aproximaba por fin.

Un alboroto, una batibola infernal reinaba entre los emigrantes de proa.

Ocupados en juntar sus miseros equipajes, en vestirse, arreglar pequeñas deudas y disentir algunas diferencias, nadie observó la proximidad del puerto de Buenos Aires, ya á la vista.

Efraim, solo, sin equipajes, sin nadie a quien prodigar su cuidado, contemplaba maravillado el espectáculo tan nuevo como pintoresco para él. Miles de mástiles y chimeneas entremezcladas con gallardetes y banderas, formaban una intrincada red de kilómetros de largo.

Ruido de bocinas, pitadas, silbidos, chirridos del vapor que se escapa de las válvulas y se eleva en el aire con la alegría de la libertad y de la expansión recuperadas, mezcladas con el redar de las pesadas cadenas de gruas hidráulicas, denotaban una intensísima vida de trabajo, de fatiga, de inquietud.

Un entusiasmo vehemente se apoderaba de él; sentíase con energías para la lucha, con anhelos de movimiento, con ansias de triunfo. Tanto le inquietaba el éxito. Nada ni nadie se lo impediría.

Lento atracar, larga espera; inspecciones, visitas médicas, saludos, desembarco de pasajeros de cámara, todo lo ha presenciado Efraim con la curiosidad propia del novato.

Por fin pisó tierra. En larga caravana de pintoresca algarabía de nacionalidades, sexos y edades; con sus vestimentas características, sus pequeñas alfarras de paja en la mano, acordes, gaitarras, botas de vino, fueron conducidos á un enorme barracón de madera, repleto de inmigrantes traídos por otros vapores y de otros lejanos países.

Hacia días que Efraim estaba alojado en el barracón de madera desmantelado y sucio, pequeño para contener tanta gente, en espera de trabajo y abiliación.

Sin conocer el idioma, sin amigos ni parientes, sentía algo así como vaga nostalgia por la patria perdida.

